XI.

EL CRISTO SUPREMO JUEZ DE VIVOS Y MUERTOS.

El mundo descansa en la Justicia. Esto es lo que hace que se rija con órden, y que subsista. Su existencia depende de su régimen de órden, que no es en sí mas que su conformidad á leyes justas.

El mundo de los cuerpos se halla tambien en órden, y este órden admirable consiste en la *justa* distribucion de las partes que lo componen, conservándose ó moviéndose cada una, en su lugar, en número, peso y medida. Todo en él es pesado y contrapesado como en una balanza: la tierra, los mares, los montes, nuestro globo, el sol, los mundos, como el grano de arena y el gusano arador; y esta universal ponderacion no podria interrumpirse sin que recayera todo en el cáos y del cáos en la nada.

El mundo de los espíritus tiene tambien su ponderacion, que consiste en la Justicia. Hay un órden moral, luego hay una justicia en el fondo de este órden; porque todo órden no es mas que la observancia de lo exacto ó justo y de la justicia; lo exacto ó justo para los cuerpos; la justicia para los espíritus.

El órden físico se halla asegurado por la constante sujecion de toda la naturaleza á sus leyes. Parece no suceder lo mismo respecto del órden moral. Hay dos razones para ello: la primera, es la libertad, que constituye la preeminencia de

este órden; la segunda es que el órden moral no verifica su completa revolucion en la tierra.

Y estas dos razones tienen su apoyo.

La actividad libre de los espíritus les ha sido dada para qué fuesen los artífices de sus propios destinos. En esto son muy superiores á los cuerpos y relativamente como dioses. Pero por superiores que sean por la libertad, están sujetos á la responsabilidad, que es su exacto contrapeso. Su libertad, en efecto, solo puede llegar hasta la eleccion, la cual hecha, dependen de ella. Hállase sujeta á sus consecuencias. Lo que constituye su grandeza forma su carga. De este modo entran en la justicia, y por la justicia en el órden; encuentran la recompensa, que es el órden de la virtud, ó el castigo, que es el órden del crímen. Ahora bien: si no tiene lugar enteramente en el mundo este contrapeso, cuando el órden moral es profundamente turbado en él, consiste á la vez en que la libertad soporta la violacion, y en que la responsabilidad que ella arrastra, no encontrando sus términos en el mundo, el órden moral no hace en él su completa revolucion.

Y además, hay una cosa que no debe perderse nunca de vista; y es que el mundo moral, por un gran estravío primitivo de la libertad humana, ha sufrido un gran cataclismo análogo al del mundo físico atestiguado por los desórdenes que descubrimos en sus profundidades. Todas las tradiciones del universo están acordes sobre este hecho original. Dos grandes cambios han resultado de aquí. La perfecta Justicia en la que habia sido creado el hombre, como todas las cosas, la vírgen Astrea, como la llamaban los Antiguos, ha abandonado este mundo, y el Mal ha tomado posesion de él, por decirlo así. Despues hále seguido la inmortalidad terrestre de la humanidad, y la Muerte, siguiendo los pasos del Pecado, ha venido á dividir en cierto modo el destino humano en dos: de la parte de acá han quedado la Libertad y la Responsabilidad,

pero la Justicia y la Inmortalidad no han quedado ya sino de la parte de allá.

Sin embargo, gracias al Reparador de nuestra naturaleza, que ha intervenido desde entonces para levantarla, este rompimiento no ha sido eterno. Solamente la vida humana se ha convertido en un combate, pero en un combate cuyo precio se ha aumentado en razon de la prueba y de la gracia, que sosteniéndonos en él, nos abre el cielo. El hombre, por herido que esté, puede tomar un desquite sobre el mal que le ha hecho caer, y con el cual está luchando, y remontarse mas arriba de su primer estado. Es perfectible hasta lo infinito, á diferencia de todas las criaturas inferiores que nacen y permanecen relativamente perfectas en su especie, pero paradas en esta perfeccion. Esta perfectibilidad del hombre tiene por mira el Bien, lo Bello, la Perfeccion misma; Dios. Este es el objeto y el precio hácia que corre, y por los cuales lucha en la carrera. No está allí solo. El Cristo, que es su término como Dios, se ha hecho allí su Camino como hombre. Rectificada y justificada por El la humanidad, puede decir ya como el gran Atleta: «Olvidando las cosas de atrás y atendiendo solo y mirando á las de adelante, voy corriendo hácia el Cristo, para ganar el premio de la vocacion que de mí hace Dios desde lo alto por Jesucristo (1).»

Esta vocacion no data solamente del advenimiento histórico de Jesucristo, y no se dirige tan solo á los que son nominalmente cristianos, sino á la humanidad entera, provista de la gracia para este efecto desde un principio; gracia cuya efusion mas grande desde Jesucristo no faltó nunca á la humanidad. Aquellos mismos, que fuera del Cristianismo propiamente dicho ó del Judaismo, no han tenido el conocimiento esplícito de Jesucristo, como debiendo venir ó habiendo venido, y que solo serán juzgados segun la ley natural, no han carecido

(1) *A los Filipenses*, III, 13 y 14.

para cumplir esta ley, del auxilio de esta gracia. De suerte que todos los hombres, cada cual segun lo que le haya sido dado conocer de la ley natural ó revelada, son objeto de la misma vocacion.

La fidelidad ó la infidelidad á esta vocacion constituye en diversos grados el mérito ó el demérito.

¡El mérito ó el demérito! ¿Quién no conoce lo que la conciencia universal de la humanidad ha llamado con este nombre?

Pues bien, el mérito ó el demérito implican necesariamente un órden correspondiente de justicia. Merecer ó desmerecer requieren lógicamente un complemento, sin el cual no tendrian sentido; y este complemento no puede ser mas que recompensa ó castigo; para ello es, pues, necesario, en su consecuencia, un juicio distribuitivo.

Este juicio, ¿tiene lugar completamente en el mundo? Es evidente que no. Sin duda que hay *justicia* acá abajo, sea humana, sea providencial, pues sin ella, no existiria órden alguno, y el mundo no subsistiría. Pero no hay *la Justicia*, y lo que lo prueba bien es el desórden. Esta justicia, sin embargo, se atestigua vivamente por esas reservas, esas protestas, esos aplazamientos incesantes de la conciencia privada y pública, que impiden que el desórden prescriba y tome asiento. Además, fuera de nuestra justicia humana, tan corta para la pena y nula para la recompensa, el mérito y el demérito subsisten por sí, en ese foro interior que es su dominio cerrado á este mundo, y comunicando, por la espectativa ó la aprehension, con esta Justicia, oculta aun, pero cierta, que esperan ó que les aguarda. Esto mismo es lo que constituye el mérito, el esperar. *Quisquis meruit expectat*, segun la profunda palabra de Séneca, desarrollada por Plutarco en su hermoso tratado de los *Términos y dilaciones de la Justicia Divina*. El mérito cesaria desde el momento en que fuese retri-

buido. Perseverando y acumulándose con frecuencia hasta el fin de la vida que es su campo, á causa de la injusticia de este mundo, no puede ir á parar sino mas allá: «Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios, dice al justo, para que en adelante sea mas próspera tu vida (1),—*hasta que la Justicia sea convertida en juicio* (2).»

Quoadusque Justitia convertatur in judicium: esta es la palabra. No se concibe justicia alguna sin juicio. Este juicio puede retrasarse, por interés de la justicia misma; puede tener sus términos, para dejar que se formen sus elementos, para dejar á los justiciables la facultad de hacer que les sea propicia observando por sí mismos la justicia, ó rigurosa, incurriendo en la responsabilidad de su violacion; y por esto precisamente la suprema Justicia, la misma Justicia debe estar mas allá de este mundo donde puede adquirirse el mérito ó incurrirse en el demérito, y perderse ó volver á ganarse hasta el último dia. Pero una justicia que no tuviera su dia, que fluctuase en promesas ó amenazas sin realizarlas, sin convertirse y realizarse finalmente en un juicio, no tan solo no seria justicia, sino que seria un engaño y una gran injusticia, cuya suposicion pugna con la justicia y el buen sentido. Y esta es la prueba irrefragable de la inmortalidad del alma humana y de su responsabilidad mas allá del tiempo.

Debe, pues, referirse á un Juicio esta Justicia, que no seria el fundamento de todo órden moral, si este juicio no fuese su fin.

Este Juicio requiere un Juez.

¿Quién es este juez?

Dios, sin duda alguna.

Pero, ¿cómo?

(1) *Eclesiástico,* II, 3.
(2) Salmo XCIII, 15.

Respondo: Dios en la humanidad que tomó para salvarla, Jesucristo.

Y esto por tres títulos: como *Justicia encarnada*, como *Señor*, como *Salvador* del género humano.

Este Juez, no puede concebirse desde luego mejor, segun ya hemos dicho, que como la misma *Justicia* convertida en juicio.

Añado que debe ser la misma justicia que hayamos observado ó hayamos violado, puesto que seremos juzgados, respecto de su observancia ó violacion, y por consiguiente, que le habremos conocido, y á quien seremos deudores de todas las luces y de todas las gracias con que hayamos sido asistidos.

Ella es pues Jesucristo, Luz de justicia alumbrando á todo hombre que viene á este mundo, habiendo venido él mismo á este mundo para saldar con sus méritos infinitos á la Justicia eterna que nos habia condenado para siempre, y para abrirnos una nueva cuenta de preceptos, de ejemplos y de gracias, que nos permitiese volver á ganar lo que habiamos perdido.

Jesucristo es la Justicia encarnada, que ha llegado á ser por esto nuestra *Justicia*; divina, sin duda, por su principio; pero humana, por su sujeto; *divino humana*, cual convenia á la relacion del alma con Dios.

La Justicia, deciamos, esta Vírgen Astrea, que, segun las antiguas tradiciones, florecia en este mundo en el reinado de Saturno ó la Edad de oro, correspondiendo exactamente al Paraiso terrenal del Génesis, habia abandonado la tierra á consecuencia del crímen de Prometeo ó de Adam. Pero era igualmente tradicion universal que debia volver á él; y esta espectacion, cosa notable, iba aumentándose con los crímenes de los hombres. En el mayor desenfreno de estos crímenes que hacian gemir y tronar hasta á la lira de Horacio, fué cuando

Virgilio, inspirándose con esta suprema esperanza, cantaba como inmediato el regreso de su divino objeto:

Jam redit et Virgo, redunt Saturnia regna (1).

En este mismo momento aparecia Jesucristo.

¿Y cómo se habia hecho anunciar Jesucristo por sus Profetas?

Unánimemente, como la Justicia misma.

«Se han fijado setenta semanas, para tu pueblo decia Daniel, al fin de las cuales se acabará la prevaricacion y tendrá fin el pecado, y la iniquidad quedará borrada, y vendrá la JUSTICIA ETERNA (2).» ¡Oh cielos! derramad desde arriba vuestro rocío, y lluevan las nubes al JUSTO; abrase la tierra y brote al Salvador y *nazca con él la* JUSTICIA (3). «*Hará Justicia* á las naciones y ejercerá su JUICIO sobre la tierra etc. (4).» Seria necesario agotar todos los Profetas para cesar de ver en el Salvador anunciada la JUSTICIA misma volviendo al mundo.

El Cristo, en efecto, de cualquier manera que se considere la Justicia, bien como satisfaccion, bien como regla ó ya como juicio, es su brillante personificacion.

Primeramente colmó la Justicia eterna redimiendo el mundo con precio igual al que ella reclamaba. Justificó el mundo del bien, el Cristianismo, y sobre Él se forman los perfectos *Justos*, los Santos. Juzgó al mundo del mal, el Paganismo, y le hizo desaparecer de la tierra que poseia exclusivamente. Hizo justicia á todos los que eran oprimidos y víctimas de este odioso poder; á los pobres, á los desgraciados, á los esclavos, al estranjero, á la mujer, al niño, á los

(1) Egloga á Polion.
(2) Daniel, IX, 24.
(3) Isaías, XLV, 8.
(4) Id., XIII, 1, 3.

subditos, á los soberanos, á Sí mismo, Dios. Colocó en su Evangelio la Justicia misma en todo como en su regla y en su balanza, donde se hallan medidos y pesados todos los deberes, que es como el talon ó calcañar de la justicia perfecta, á que debe referirse toda justicia, el código universal del género humano, por el cual seran todos juzgados. Finalmente, en vez de que antes la Justicia esencial no estaba en parte alguna, ni tenia interprete en ninguna parte, siendo su nombre el juguete de la fuerza ó la máscara de la iniquidad, la Justicia se ha levantado una fortaleza, se ha erigido á sí misma una sede, la Iglesia, LA SANTA SEDE, donde se comunica, se defiende, justifica, condena ó da sus oráculos y lanza sus rayos; donde se mantiene infalible, soberana, universal, eterna, sin otra fuerza que Jesucristo en ella, teniendo en jaque á toda injusticia de este mundo, y no permitiéndole jamás prevalecer.

Jesucristo es pues la Justicia misma en la tierra.

Y si es la Justicia misma, y si esta Justicia convertida en juicio debe pronunciar el veredicto final que fija los eternos destinos, este atributo pertenece pues personalmente á Jesucristo. El mismo Jesucristo será juez de lo que se haya hecho ó de lo que no se haya hecho con relacion á Jesucristo. La Regla constituira el Juicio.

Esta gran verdad encuentra su confirmacion en otros dos títulos de Jesucristo: el título de Señor y el título de Salvador.

Como ya hemos visto, *el mundo es para Jesucristo* inmediatamente, y en el para Dios; recapitulando en sí todas las cosas en su humanidad, y por la mision de esta á su Divinidad haciéndolas infinitamente dignas de su Autor. Es el heredero apanagista ó alimentista de la Creacion, el Señor de los hombres; y como es su Señor, debe ser el Justiciero.

Por otro título *Jesucristo es para el mundo*; por el título

de Salvador; y por ello, el mundo depende mas estrechamente aun de El. Porque, por el rescate que hizo de el, fue subrogado en todos los derechos de su Padre en el mundo. Nos adquirió pagando por nosotros. No hay duda que nos adquirió para salvarnos; pero no en detrimento de su justicia. Satisfizo esta Justicia de que éramos deudores insolventes, y nos abrió, por su gracia, un acceso que nos estaba cerrado para siempre cerca de Dios. Desde entonces, en vez de venir delante la Justicia viene despues de la Gracia, la cual tiene paso preferente, pero no lo tiene sino cuando nosotros se lo dejamos tomar, y cuando se lo guardamos en nuestra alma.

Una nueva cuenta, decíamos, se nos ha abierto, cuenta de Gracia infinita, puesto que salda una Justicia infinita; pero que estando abierta á naturalezas siempre libres de aceptar ó de repudiar el beneficio, no puede aprovecharles sino en cuanto ellas se lo aplican, y las constituyen responsables de él si lo repudian ó lo disipan. La Gracia misma lejos de oponerse en este sentido á la Justicia, es su medio. Tiene por objeto *justificarnos* por nuestra correspondencia á su ley; lo cual no hubiéramos podido conseguir nosotros mismos. Es la misma Justicia facilitada como *observacion* faltando la cual, la deja prevalecer como *Juicio* y la agrava aun con nuestra infidelidad á la Gracia. De suerte que Jesucristo llega á ser Juez por razon de su misma cualidad de Salvador. ¡Admirable encadenamiento racional de todos los dogmas de nuestra fé!

Es, pues, el Cristo solo quien, bajo el triple título de Justicia encarnada, de Señor y de Salvador del género humano, se nos muestra y anuncia él mismo por todas partes, como *Juez final de los vivos y de los muertos*, es decir, de los justos y de los réprobos.

Es Dios sin duda, el único y solo Dios en tres personas, indivisible en todas sus operaciones, que ha de juzgar al universo. Pero esta indivision reservada, si se viene á la distincion

en esta misma indivision, aparece solo el Hijo. El solo tiene jurisdiccion. Nosotros somos de su competencia.

Y es de tal modo como Justicia encarnada, como Señor y Salvador de los hombres, como los ha de juzgar, que no será en su calidad de *Hijo de Dios*, sino de *Hijo del hombre*.

El dogma está formal y espreso. «El Padre no juzga á nadie, sino que todo el poder de juzgar lo dió al Hijo. Y le ha dado el poder de juzgar EN CUANTO *que es Hijo del hombre* (1).» Ha determinado el dia en que ha de juzgar al mundo con rectitud por medio de aquel varon constituido por él (2). Y nos mandó, que testificásemos y predicásemos al pueblo que él es el que está por Dios constituido juez de vivos y muertos (3), etcétera, etc. No hay sobre esto el menor equívoco.

Y admírese cómo, conforme á lo que decimos, es el Cristo, Justicia, que será convertido en Juez y Juicio. Como Justicia, ha establecido los preceptos, dado el ejemplo, concedido la gracia en la tierra en su Evangelio, que se resume en la caridad hácia Dios en los hombres. Y como Juez y Juicio, ¿qué otra cosa hará que pedir cuenta de este mismo Evangelio, y que volver á conducirnos de Sí mismo á Sí mismo? Y para que no lo dudásemos se promulga en su mismo Evangelio de esta suerte y el Salvador aparece como Juez: «Cuando venga, »pues, el Hijo del Hombre, con toda su magestad y acompa»ñado de todos sus ángeles, sentarse ha entonces en el trono »de su gloria, y hará comparecer delante de él á todas las na»ciones, y separará á los unos de los otros como el pastor se»para las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas á su de»recha y los cabritos á su izquierda. Entonces dirá el Rey á los »que estarán á su derecha. Venid benditos de mi Padre á to»mar posesion del reino que os está preparado desde el prin-

(1) San Juan, V, 22, 27.
(2) *Actos*, XVII, 31.
(3) *Actos*, X, 42.

»cipio del mundo. Porque yo tuve hambre y me disteis de co»mer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hos»pedásteis; estando desnudo me cubrísteis; enfermo, me »visitásteis; encarcelado, vinísteis á verme. A lo cual los jus»tos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos ham»briento y te dimos de comer?.... Y el Rey en respuesta les »dirá: en verdad os digo: siempre que lo hicísteis con alguno »de estos mis mas pequeños hermanos, conmigo lo hicísteis. »Al mismo tiempo dirá á los que estarán á su izquierda. Apar»taos de mí, malditos, id al fuego eterno, que fue destinado »para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y (lo con»trario de lo precedente). Y en su consecuencia irán estos al »eterno suplicio, y los justos á la vida eterna (1).»

Es preciso hacernos violencia para aplazar al estudio del Evangelio las reflexiones que brotan de este sublime cuadro, traspuesto de la tierra al cielo, del tiempo á la eternidad.

Hé aquí el Juez y el Juicio.

El Juez es Jesucristo, el mismo que desdeñamos ó de que no nos acordamos acá abajo, entre harapos, en el destierro, entre cadenas, sobre la cruz, en todas las miserias de nuestra condicion, con quien él se desposó por amor, para hacer por medio de esta divina Alianza un valor permutable con los bienes eternos; es el mismo Jesucristo, que de Salvador se ha hecho Juez; de oscuro, ha llegado á ser glorioso; de mofado, formidable; de aniquilado, omnipotente, que se levantará á toda la altura de su celeste Dignidad, con ese mismo cuerpo que, despues de haber sufrido por nosotros, se ha levantado en la gloria, y que juzgará la tierra sobre las gracias mismas que le ha dispensado; sobre su Evangelio, su Pesebre, su Humanidad, sus Padecimientos, su Cruz, sus Sacramentos y su Iglesia; y todos estos instrumentos de misericordia serán convertidos en piezas de conviccion. Y esto será Justicia.

(1) San Mateo, XXV, 31, 46.

Y no deberemos sorprendernos por esto; porque tan dulce, tan bueno, tan pródigo de amor y de gracia como se nos muestra en su Evangelio, en este mismo Evangelio, y con todos estos procedimientos de misericordia, hay en él como un ruido sordo y lejano de Justicia, que acrecienta su gracia y su precio. El leon es temible, pero ¡cuánto lo es mas la cólera del cordero!

El Antiguo Testamento procede por medio del temor, y el Nuevo por medio del Amor, es verdad; pero, sin perjuicio del amor en el primero y del temor en el segundo. ¡Cuánto no se ve resaltar esto en el de la predicacion de San Juan Bautista, con todos aquellos terribles *Væ!* y de aquellos *Redde rationem!* fulminados con tanta frecuencia por el divino Maestro, del *Dispersit superbos* y del *Deposuit potentes de sede* de su misma dulce Madre; y por fin, del Apocalipsis trazado por mano del Discípulo del amor, en que los Principados y las Potestades del siglo se nos representan escondiéndose en las cavernas, y diciendo á los montes: Caed sobre nosotros y *ocultadnos de la faz del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero!* (1).

Nuestros padres comprendian de esta suerte el Evangelio y no desazonaban la sal. Y no jugaban con Jesucristo, con este *gran Cristo*, como le llamaban.

Rex tremendæ Majestatis,
Que salvando salvas gratis,
Salva me, Fons pietatis!

«Rey de Magestad formidable, que por pura gloria salvas, decian, sálvame, fuente de misericordia!» Sálvame, como Salvador, de tí mismo, como Justiciero. Y unian el temor al

(1) *Apocalipsis*, VI, 16.

amor, y procuraban su salvacion con temblor; y este saludable temor, alimentando el sentimiento de la responsabilidad, penetraba toda la vida, dándole en todas las cosas una estabilidad social que no tiene, sin perjuicio de la confianza y de la alegría, que siguen siempre y no sabrian preceder al cumplimiento del deber.

XII.

EL CRISTO, FELICIDAD DE LOS ESCOGIDOS Y MALDICION DE LOS RÉPROBOS ETERNAMENTE.

La cuestion de la felicidad es la gran cuestion del alma humana que se estiende á toda la vida de este mundo, desde la cuna hasta la tumba, y cuya preocupacion alcanza todavía mas allá.

Esta preocupacion es legítima: impónese aun á los que mas desearian ahogarla; porque el alma se inclina irresistiblemente á la felicidad; y si hay felicidad en el mundo, no hay *la* felicidad. Y como es inadmisible que la mas violenta de las aspiraciones no tenga objeto, es forzoso fijar este gran objeto mas allá de el, puesto que no existe mas acá.

Esta verdad se confirma con todo lo que se hace para contrariarla. ¿De dónde proviene, en efecto, que, en este mismo mundo, la felicidad relativa que en él se encuentra falta con tanta generalidad? Consiste en que el alma no se contenta con ella; en que pone su mira en la felicidad absoluta; en que traspone su objeto en objetos que no la contienen, y en que, por no colocar esta felicidad absoluta que necesita mas allá de este mundo, envenena de amargura y de decepcion la felicidad misma relativa que podria tener en el mundo. De tal suerte, que á menos de concluir que toda felicidad es una quimera, lo cual desmiente en voz muy alta la conducta humana, es preciso hacer de toda felicidad una realidad, distribuyéndola de